

Domingo 7 de noviembre de 1993
El Evangelio de Hoy, Diario "El Sur"

Mt 25,1-13

Velad, porque no sabéis ni el día ni la hora

Ya hemos dicho en otra ocasión que el Evangelio de Mateo, que estamos siguiendo en la liturgia de este ciclo A, está organizado en cinco discursos de Jesús, intercalados entre los episodios de su vida. Los capítulos 24 y 25 contienen el quinto discurso, que es llamado Discurso Escatológico. En él está reunida la enseñanza de Jesús acerca de su venida gloriosa, que será el acto final de la historia. En efecto, la palabra "escatología" significa: estudio del "éschaton". Y esta es una palabra griega que significa: lo último, el fin.

El Evangelio de este domingo es la parábola de "las vírgenes necias". El sólo hecho de saber que esta parábola es parte del discurso escatológico nos concede la clave de interpretación: Jesús nos quiere enseñar cuál debe ser nuestra actitud ante la certeza del fin del mundo y de su venida gloriosa. A los apóstoles, que se habían quedado mirando al cielo cuando Cristo resucitado ascendió, los ángeles les aseguraron: "Este mismo Jesús vendrá de nuevo, tal como lo habéis visto subir al cielo" (Hech 1,11). El mundo se divide entre los que esperan vigilantes la vuelta de Jesús y los que están despreocupados. Asimismo entre diez vírgenes que esperan al esposo, cinco son prudentes y cinco son necias; cinco lo aman con amor celoso y fiel y están dispuestas a esperarlo aunque tarde, y cinco son negligentes e infieles y su atención se distrae hacia otras cosas.

Para exponer esta enseñanza e invitar a la vigilancia Jesús adopta una situación familiar para sus oyentes. El matrimonio judío se realizaba en dos etapas. La primera consistía en el contrato propiamente tal entre el esposo y la esposa en que se fijaban las obligaciones de cada uno y se intercambiaban el consentimiento. Esto podía ocurrir bastante tiempo antes que los esposos convivieran. La segunda etapa era más festiva; consistía en que el esposo, venía, acompañado de sus amigos, a buscar a la esposa para llevarse la consigo. La esposa esperaba rodeada de sus amigas, y la llegada del esposo era ocasión de fiesta; aquí se celebraba el banquete de bodas. En este caso diez vírgenes, con sus lámparas en la mano, salieron al encuentro del esposo.

A menudo Cristo se comparó con "el esposo" porque él reclama de cada uno de nosotros -y de la Iglesia entera- un amor semejante al de la esposa: exclusivo, total, fiel, indisoluble y fecundo. En la parábola es significativo que ninguna de las vírgenes emerge como la esposa, y que todo el horizonte lo llena sólo el esposo: sólo a él espera cada una de las vírgenes como a su propio esposo. Cada una se sintió interpelada por igual cuando a media noche se oyó el grito: "¡Llega el esposo! ¡Salid a su encuentro!". Pero aquí queda

en evidencia la diferencia. Las vírgenes prudentes, junto con las lámparas, tomaron mucho aceite en las alcuzas, cuanto hiciera falta para esperar al esposo todo el tiempo que él quisiera tardar. Las necias no se provieron de aceite porque no se ponen en el caso de que el esposo se hiciera esperar. Ellas no están atentas a cualquier deseo del esposo ni preparadas para cualquier decisión suya. La medida del amor por el esposo está representada por la cantidad del aceite.

La parábola sigue su curso; cada detalle evoca lo que será la venida final de Jesús. Las vírgenes que estaban preparadas entraron con el esposo al banquete de bodas y se cerró la puerta. Las necias llegaron tarde diciendo: "¡Señor, Señor, ábrenos!". Pero recibieron esta respuesta: "En verdad os digo que no os conozco". Esta es, en realidad, una sentencia. Para la mentalidad semita el conocimiento no es algo solamente intelectual o de mera experiencia sensible; el conocimiento es también algo afectivo. Conocer, en el lenguaje de la Biblia, significa al mismo tiempo conocer y amar, tener afecto, interés y preocupación por algo. La negación de Pedro: "No conozco a ese hombre" (Mt 26,72.74), no es solamente una mentira, es más grave que eso. Esa frase de Pedro significa: "Sí, conozco a ese hombre, pero yo no tengo nada que ver con él, no soy de los suyos, ni me afecta lo que pase con él". Así también la sentencia de Cristo, para los que no estén preparados esperando su venida, será esta: "En verdad os digo, no tengo nada que ver con vosotros".

La enseñanza de toda la parábola está resumida por Cristo mismo: "Velad, porque no sabéis ni el día ni la hora". Han pasado ya veinte siglos desde que Jesús ascendió y nos dejó esperando su venida. Tal como en la parábola, "el esposo tarda". El aceite de muchos ya se ha agotado y parecen vivir en la actitud: "El día y la hora no es todavía; falta mucho". Pero precisamente por eso rige la advertencia: "¡Velad siempre, porque no sabéis ni el día ni la hora!". Puede faltar mucho o poco: no sabemos. De repente se oirá el grito: "¡Ya está aquí el esposo!". Pero, aunque estuviera en el designio de Dios que Cristo tarde todavía en venir a poner fin a la historia, sabemos con certeza que el fin de nuestra propia vida no tardará. No sabemos el día ni la hora, pero sabemos que ocurrirá en cualquier momento antes de 30, 40, 50 años, cada uno le puede poner fecha casi exacta, exacta en el contexto de toda la historia y más exacta aun en el contexto de la eternidad que nos aguarda. Resulta incomprensible que alguien viva descuidado.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo Auxiliar de Concepción